

Fenómeno en las tinieblas de mi habitación

Escrito por: Diana Julieth Cardona Palacio

Era una noche particularmente fría para Sarah. La hora de la cena había pasado y su estómago rugía bajo la manta. Sin embargo, como buena preadolescente terca, se encorvó abrazando sus piernas con tanta fuerza como cerraba sus ojos. El viento golpeó con violencia la ventana cercana a su cama. Al principio lo ignoró, aunque el cristal resonaba con creciente intensidad hasta que se abrió de par en par, removiendo sus sábanas; molesta, se levantó dando fuertes pisadas cerro la ventana de un golpe y corrió las cortinas. Lo último que necesitaba, además del hambre tras discutir con sus padres, era una tormenta que no la dejara dormir.

Intento conciliar el sueño de nuevo, se arropó con la manta y apoyo una mano sobre su rugiente tripa. Por un momento la gran tormenta termino, Sarah sonrió, pensando todo había sido pasajero y que finalmente podría dormir. Relajó su postura... pero justo entonces, la ventana volvió a sacudirse, esta vez se oía un pequeño golpeteo contra el cristal.

Curiosa y aún irritada, se descubrió y se sentó, mirando hacia la ventana. Las cortinas se mecían sin cesar, aunque la ventana seguía cerrada. Entre el movimiento de las telas, alcanzó a ver una figura esbelta y oscura en el exterior.

Sarah frotó sus ojos con fuerza, asegurándose a sí misma de que dormía. Volvió a mirar... y allí estaba: aquella figura poseía unos grandes ojos con una mirada vacía, que emanaba una luz aterradora. Gritó, tan alto como pudo, y salió de la cama a paso torpe. Sus cortas piernas empezaron una carrera para llegar a la habitación de sus padres, donde logró encerrarse en medio de mamá y papá, intentaba despertarlos para calmarse sin éxito.

El viento había aumentado, la casa comenzó a rugir como un animal sin haber comido por días. Sarah se preguntaba por qué, si había gritado, sus papás no despertaban. Tomó una gran bocanada de aire para armarse de valor, y aunque la lluvia golpeaba con furia, salió del cuarto. Asomó su rostro pálido y empapado de lágrimas al pasillo: todo parecía normal, dio unos pasos, escuchando el crujido de la madera bajo sus pies. Cuando iba hacia el final del pasillo, se detuvo en seco: sintió una mirada clavada sobre su espalda. Giró lentamente, rezando cada palabra que recordaba, hasta dar la cara hacia la puerta de su cuarto.

Allí estaba aquella figura que había dejado tras la ventana. Era alta, tanto que apenas podía cruzar por la puerta sin chocarse. Vestía de traje rojo lleno de rasgaduras, su rostro tenía tantos arañazos que apenas se le podía reconocer, sus ojos eran dos orbes vacíos y blancos emisores de luz. Comenzó a sonreírle a Sarah, mostrando una hilera de colmillos pequeños, muchos más de los que cabrían en una boca humana. La anomalía extendió los brazos y ladeó la cabeza, como incitándola a un abrazo. Sarah retrocedió y salió corriendo por el pasillo, gritando nuevamente a sus padres. Se detuvo unos segundos frente a su puerta, la abrió... y el horror se apoderó de su rostro.

Sus padres yacían abrazados, inertes, en los brazos de la criatura. No parecían notar la presencia de su hija, esta cosa estaba concentrada en arrastrar a los adultos fusionándose con ellos como si los absorbieran en sus ropajes ensangrentados. Sarah lanzó otro grito y huyó de la casa.

La lluvia caía a cántaros, el cielo retumbaba como si se quejara y el viento era tan fuerte que sus pasos apenas avanzaban. Su llanto se mezclaba con las gotas que empapaban su cabello castaño. Vivir a kilómetros del vecino se volvió su peor desgracia. No tardó en ser alcanzada, con una fuerza descomunal la alzó como si no pesara nada. La niña intentó patear, pero fue en vano, sin aviso previo la arrojó al suelo. No fue solo su cuerpo el que se golpeó con la tierra, sino algo más profundo: su voluntad, su voz, su inocencia. La criatura se acercó lentamente, como si disfrutara cada segundo del temblor en sus músculos, la sonrisa que dibujo no era de ternura, sino de triunfo. Luego la envolvió en un abrazo donde ambos se terminaron fusionando y hundiendo en la tierra. Sarah solo flotaba en un silencio que no eligió.

La lluvia seguía cayendo, el viento rugía, el cielo retumbaba con truenos lejanos. Ellos fueron los únicos testigos, ni los padres, ni el hogar, ni la historia podían sentir los lamentos que se abrían en el cielo, los gritos que ya no resonaban en el viento y el dolor que no se podía quitar de la lluvia.

